



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12120

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
jero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º  
á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 9 DE ABRIL DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## MAL PRINCIPIO

Apenas inaugurada la tempora-  
da taurina, ya hay que lamentar  
percances de importancia sufridos  
por los toreros más famosos. En  
la capital sevillana, cuna de la lo-  
rería, donde se han consagrado mu-  
chos lidiadores, confirmados luego  
en el cose madrileño, cayó el pri-  
mer día de la temporada el espada  
Montes, torero de empuje que es  
una esperanza de los aficionados.  
Al siguiente día aumentose la lista  
con otras dos desgracias en Ma-  
drid, y seis días después, en esta  
última plaza, presencié emocionado  
el público el horrible espectá-  
culo que ofrece un torero volteado  
por un toro.

Estamos al principio y ya ha cor-  
rido sangre en abundancia; y si  
así empieza la fiesta nacional, ¿qué  
va á ocurrir cuando se entre en  
cañal y cada domingo y cada lunes  
se celebren por cientos las corridas?

Las fiestas de toros llevan apa-  
rejados muchísimos peligros. Ya se  
ve por las muestras que ofrecen  
son los primeros. Pero los riesgos  
crecen con la ignorancia y hay en-  
tre la gente de coleta muchas nul-  
dades que apenas conocen los ru-  
dimentos de eso que se ha conve-  
nido en llamarlo, no sabemos por  
qué, arte de torear.

No hay tal arte para la mayoría  
de los que empuñan la muleta y la  
espada; lo que hay es ambición,  
deslumbramiento; los toros llevan  
en los cuernos la fortuna y á  
arrancársela se arrojan decididos  
numerosos suicidas, exponiendo al  
público á presenciar una calás-  
trofe.

Más arriesgado que lidiar toros  
con muleta y espada, es la suerte  
que ha hecho célebre á Don Tan-  
credo. Esperar un miura á pié fir-  
me; verlo cómo se acerca rápido y  
sentir el calor de su aliento en las  
carnes, es cosa que da miedo pen-  
sarlo; y sin embargo, Don Tancre-  
do ha tenido imitadores y aun imi-  
tadoras, seres alucinados que han  
jugado la vida á cada instante por  
el afán de poseer dinero.

En la fiesta nacional se impone  
una reforma. Lo pide un deber de  
humanidad que no es posible des-  
oir. Es necesario poner freno á la  
libertad de matar toros, porque  
una cosa es lidiarlos como manda  
el arte—vaiga la palabra ya que  
esta admitida—y otra cosa es pe-  
lear con las fieras á brazo partido.

Cómo se evita eso lo ignoramos.  
Confesamos con toda ingenuidad  
que no se nos alcanza; pero en  
presencia del aumento terrible que  
ofrecen las estadísticas de desgra-  
cias en las plazas de toros, surge  
el convencimiento de que hay que  
hacer algo para reducirías.

Las desgracias propiamente di-  
chas, tolerables son, aunque sean  
sensibles. No hay oñcio que esté  
exento de ellas; pero las provoca-  
das imprudentemente, á sabiendas  
de que se han de producir, es cosa  
que no se debe tolerar mas tiempo.

## TIJERETAZOS

«La Patria», (el periódico de Bilbao, no  
hay que confundir) relata la última sesión  
de aquel ayuntamiento, y en un descuido  
ha asumado la oreja.

Ahí va ese párrafo para que vean los  
lectores las aspiraciones que se traen los  
nacionalistas vizcaínos.

«Uno preguntó si estábamos en el Tri-  
bunal de la Inquisición (ojalá señor Carre-  
tero)».

Que les parece á ustedes el daseo de «La  
Patria».

¿Será liberal el periodiquito, que echa de  
menos el Santo Oficio?

Ahora me explico que vaya achicándose  
y que se destlice su vida en la mayor indif-  
erencia.

El periodiquillo viene hecho una furia.  
Como todo se le va en predicar en de-  
sierto, lo emprende con los suyos,—sus pa-  
isanos—y les dice, en general, pues confiesa  
que hay excepciones valiosísimas aunque  
muy contadas:

«Mas estos vascos degenerados (sin du-  
da no les llama *baskos* por no creerlos dig-  
nos) dirán á los que guardan la tradición  
de sus mayores, á los nacionalistas: ¿á que  
exponerme, como vosotros, á las iras del  
poder y á los denuestos de nuestros con-  
ciudadanos, consagrándonos á la difusión  
de doctrinas que precisamente nos coloca-  
rían á las puertas de las cárceles y nos ex-  
pondrían á los rigores de los mismos epu-  
lentos de Euzkaria?

¿De las cárceles ó de los manicomios?  
No hay que confundir.

Lo que áca de sus cañillas al colega es  
que no le hagan caso.

Este le enfurece y pone en su boca estas  
palabras que dirije á sus propios paisanos:

«Si en vez de hombres ó mujeres sois...  
¿lo diré? sois gallinas, comportemos siquie-  
ra como gallinas; no vayais con la avanza-  
da, no os singularicéis, no despertéis las  
sospechas de nadie que pueda dañaros, no  
obreis activamente.»

Justo; sed hipócritas y obrar como tales.

¡Vaya unas ideas y unos consejos que se  
trae el papel!

## EL SHAH DE PERSIA

Las indicaciones diplomáticas han pue-  
sto de relieve la frescura del Shah de Persia  
para agenciarse algunos fondos en Europa.

Parece que hace tiempo el monarca orien-  
tal levantó en Rusia un empréstito á cam-  
bio de una autorización al Czar para cons-  
truir en Persia un ferrocarril.

Agotado el dinero, y bajo pretexto de  
emprender este verano un viaje á Europa,  
el Shah ha vuelto á pedir dinero al Czar,  
y éste se le ha otorgado con la expresa con-  
dición de abstenerse durante su viaje de  
visitar Londres.

Al soberano persa le ha parecido dema-  
siada la exigencia y poco el dinero, y en  
su vista ha pedido dinero á Inglaterra, que  
se lo ofrece sin tasa si se abstiene de visi-  
tar San Petersburgo.

Complacidísimo el Shah, ha aceptado, y  
en su viaje á Europa pasará una semana  
en Londres, del 13 al 20 de Julio, pero  
no pondrá los pies en Rusia.

Los ingleses se proponen, á lo que pare-  
ce, asegurar su preponderancia en el Golfo  
Pérsico, si el Shah continúa pidiendo dine-  
ro, acaso la adquisición de Bender Abbas.

## RETROCESO

Oíamos la cuarta conferencia del padre  
Melchor y nos preguntábamos á nosotros-  
mismos si era el mismo filósofo, el mismo  
geólogo, el mismo hombre que habíamos  
tenido el placer de escuchar durante tres  
noches consecutivas.

¿Será que su vasta inteligencia se haya  
fatigado por el esfuerzo continuo? ¿Será li-  
gero desfallecimiento de la naturaleza hu-  
mana, sujeta al cansancio y la fatiga? ¿Se-  
rá que del continuo esfuerzo del discurrir,  
el cerebro pida descanso como lo solicita el  
cuerpo por la fatiga muscular?

No; no es nada de eso el cambio que  
anoche experimentó el orador sagrado. Es  
que, desde el terreno segurísimo de la  
ciencia exacta, de esa ciencia que nos lleva  
como de la mano desde el conocimiento  
rudimentario de la unidad á las más subli-  
mes concepciones del espíritu humano;  
que tiene contestación precisa y fija para  
todo lo que se le pregunte, habíamos pasa-  
do á un problema cuyos datos no son fijos;  
no son más que hipótesis más ó menos  
fundadas.

Que el mundo puede aniquilarse! Que  
todo lo que tuvo un principio debe tener  
un fin! Es una hipótesis que se funda en  
hechos demostrados y que no se opone á  
ninguna de las verdades conocidas. Por-

que precisamente las hipótesis para ser ad-  
mitidas no se han de oponer á los princí-  
pios establecidos por las demás ciencias, y  
deben explicar perfectamente los fenóme-  
nos para los cuales han sido creadas.

Por lo tanto, lo que tuvo y lo que tiene  
un principio, debe tener un fin; y lógico  
es que si el mundo tuvo un principio, fue-  
ra el que fuera, y se compuso de una pri-  
mera sustancia, esta, sujeta á todas las le-  
yes naturales, se ha de aniquilar por des-  
gaste, por lo que sea, y por lo tanto el ser  
humano, constituido por materia, ha de  
tener fin como ser material.

Y aquí creíamos que el orador entraría  
de lleno en el problema de la vida y en el  
problema de la muerte.

Para nosotros no cabe discusión en la  
existencia de nuestro yo inmortal; de  
nuestro yo sujeto consciente y pensante;  
en nuestro yo distinto de la materia; en  
nuestro yo como esencia vital. Por lo tanto  
no se nos puede tachar de materialistas,  
ni de positivistas. Reconocemos un espí-  
ritu que nos hace pensar, aparte de los cál-  
culos que tienen por misión la función del  
pensamiento.

Para demostrarnos que somos mortales,  
esto es que nuestra materia encumbirá y  
desaparecerá, no tenemos que recurrir al  
silegismo tan conocido de «todos los hom-  
bres son mortales; yo soy hombre, luego  
soy mortal».

Pero hoy, y desde el principio del mun-  
do, se han dividido el terreno de la filoso-  
fía, en este punto, dos escuelas opuestas:  
la materialista que sostiene el principio fi-  
siológico de que la vida termina por la ce-  
sación de la función de los órganos, y la  
espiritualista de que la vida no termina  
con la muerte del cuerpo, puesto que el  
espíritu sigue viviendo la vida espiritual.

Y cuando esperábamos tener el gusto de  
escuchar al padre Melchor, disertando so-  
bre los temas de ambas escuelas, refutando  
la teoría materialista, que no admite  
más que fuerza y materia, y aclarando el  
problema de la muerte, tenemos la desilu-  
sión de no escucharle otra cosa que las ge-  
neralidades comunes que el vulgo sin in-  
strucción dice y una historietta de uno de  
sus viajes por mar, y otro cuento sobre la  
muerte de un fanático contra el sacerdote,



# Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



180 LOS CRUZADOS

Matzko no se opuso á que descansara la joven y  
mandó que se prepararan los soldados.

Zbshko, que no se había separado de la cabaña, á  
medio día tomó la mano de la joven y la acarició ex-  
clamando:

—Danusia; no me reconoces?  
Su voz despertó á la joven que dijo:

—Zbshko!  
—Ya no estás prisionera. Te he libertado y nos va-  
mos á Spichov.

Danusia desasó su mano de la del caballero y mur-  
muró:

—Todo se debe á que mi padre no bendijo nuestra  
unión. Dónde está la princesa?

—Lejos de aquí.  
La joven murmuró:

—Me han quitado el latá y lo han roto.

—Dios mío! exclamó Zbshko; que advirtió la mi-  
sada extraviada de la joven. Pensó que Danusia deli-  
rada y padeció por ella.

—Danusia, dijo, me oyes?  
Ella murmuró:

—¿Qué! Tengo oído.  
—Dios mío!

Zbshko salió de la cabaña y estuvo á punto de de-  
rribar á Matzko que venía de vncarlo.

—¿Qué! gritó corriendo hacia un arroyuelo.

181 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Un momento después velvia con un cacharro lleno  
de agua. Danusia bebió con avidez.

—¿Tiene fiebre? preguntó Matzko.

—Sí.  
—Comprende lo que le hablan?

—No.  
—¿Qué debemos hacer?

—No sé:  
—Sólo Dios...

Danusia que les miraba, dijo:

—No os he hecho daño, tened piedad de mí.

—Pobre niña! exclamó Matzko. Y añadió:—Es inú-  
til estar más tiempo aquí. Ponla en la litera y mar-  
chemos.

Deciendo estas palabras salió de la cabaña; pero  
quedó petrificado.

Muchos soldados, armados de piosas y alabardas  
avanzaban hacia él.

—Los alemanes! profirió Matzko, desenvainando la  
espada.

El gigantesco Arnolde se acercó:

—La rueda de la Fortuna gira siempre: antes era  
prisionero vuestro, ahora lo sois mío.

Y miró con altivos al caballero.

No es que fuera malo; pero como la mayoría de los  
hombres era humilde con los soberbios y altivo con  
los débiles.

184 LOS CRUZADOS

dos con Danusia. Entonces Wolfgang reconoció que  
Matzko estaba en lo justo tratando de vengarse.

El polaco terminó diciendo lo que le había pasado  
á De-Lova y que de fijo recibiría en Spichov un casti-  
go adecuado á sus culpas.

—Y Danusia? Qué haréis de esa desdichada?

—Poco me importan las mujeres, dijo Wolfgang.  
Acompaña uno de vosotros á Spichov y queda el  
otro aquí.

—Y si os jurase que volveré?

Arnolde no consintió. Pensaba que Skirvillo le ha-  
bía derrotado y que el gran Maestro le acogiera me-  
jor si traía un prisionero de importancia.

Matzko murmuró:

—Que parta mi sobrino con su mujer, y permane-  
cerá aquí.

—Eso es. Y hablémos de lo que vuestro sobrino de-  
berá pagar por vuestro rescate y el suyo propio.

—Rescate? Preguntó Matzko. Nosotros hemos cap-  
turado al señor De-Lovsh y le hemos puesto en liber-  
tad sin hablarle de rescate.

—Aprisionásteis á De-Lovsh? Preguntó Wolfgang.  
¿Cómo no le hemos visto por el camino?

Es que marchó á Götters-Verder.

—Mucho dinero le vais á sacar, murmuró Vol-  
fgang; me alegro de saberlo.